

LAS ALMADIAS EN SU TRAMO POR MARCILLA

Emilio GARRIDO-LANDÍVAR

egarrido@cop.es

1. Introducción histórico-emocional sobre las almadías.

Hoy nadie puede decir que no sabe qué son las almadías en Navarra, aunque nuestra generación, por lo menos la mía, ya no las vio ni las recuerda como parte viva de nuestra costumbre rural y etnológica.

Hace pocos días, concretamente el cinco de mayo, se conmemoró la 28 edición del Día de la Almadía, que desde el 2005 forma parte como "fiesta de interés turístico nacional"... La bajada cada año tiene mayor afluencia de gentes curiosas y por qué no, deseosas de ver y reencontrarse con las costumbres antiguas de nuestra Navarra rural pirenaica, tanto en la fase del río Aragón, Valle del Roncal - Vidángoz-, pueblo significativo para nosotros, los de Marcilla; con muchas connotaciones almadieras, y la fase del Esca y Valle de Salazar y también del Valle de Aezkoa... La modernidad, la sequía y la prosperidad, generaron que todos los ríos principales de la vertiente pirenaica murieran en el Pantano de Yesa, fue en alguna medida la muerte de las almadías, y de los almadieros. Estamos ya, hablando de los años 1960 cuando se inauguró y trajo prosperidad a las Bardenas Reales en Navarra y las Cinco Villas en Aragón. Pero también trajo destrucción y abandono de muchos pueblos de una u otra frontera navarro-aragonesa. ¡Ya sabemos que la prosperidad, no viene nunca sola!

Hoy se ha convertido -con sumo cuidado y gusto-, el día del almadiero; recordando el sufrimiento, el trabajo, la dureza y el transporte nada turístico -¡por cierto!-, de cientos de años transportando madera de pino, abeto y algunas hayas, solo por demanda específica de algún cliente, río abajo hasta Tortosa (Tarragona), desembocadura del Ebro, y una vez descargada toda la última madera vendida o subastada en el final del camino y a lo largo del mismo, se volvían en tren, o caminando, agotados hasta Castejón haciendo

trasbordo cada uno hasta el lugar de origen más próximo para tomar el autobús de línea hacia sus valles.



Almadías por Tudela.

¡No quiero pecar ni de prosaico ni de romántico! Pero las almadías eran un trabajo duro, sacrificado, de riesgo y de muchos sinsabores a lo largo de todos y cada uno de tramos que constituían todo el recorrido. Si somos conscientes, desde el Valle del Roncal hasta Marcilla, donde hacían siempre noche, había la friolera de 140 kilómetros (90 kms., hasta el término de Pamplona y añadimos 56 más hasta Marcilla); cierto que estos kilómetros son por carretera, puertos y carreteras comarcales, que yendo por el río es más directo, pero más peligroso. Mi padre me contaba, que muchos cogían catarros empezando en Vidángoz y no dejándolos hasta llegar a sus casas, que pensándolo bien eran auténticas neumonías: Doce horas "chirrius" los pantalones, las abarcas, las malas condiciones alimenticias y el enorme esfuerzo continuado e incierto en cada una de las temporadas y cada uno de los tramos. "¡No te podías fiar de ningún río!"



Vieja fotografía con el descenso de las almadías por Navarra.

Siguiendo con el relato de mi padre, las mujeres de Marcilla les llevaban miel con vinagre -pues el limón escaseaba como otras muchas cosas-, y la noche la pasaban en paja limpia y al calor de los animales... Los almadieros -dejémonos de romanticismos-, eran gente dura, sacrificada, fuertes y peleones... ¡Llevar un sueldo a casa era su objetivo prioritario, a pesar de las vicisitudes tan arriesgadas y sacrificadas! Que hoy queramos y hagamos un esfuerzo porque no se pierda el recuerdo, es un gesto que nos premia a todos, porque no se puede perder unos cuantos siglos de almadías y un montón de gente -almadieros-, que merecen nuestro respeto y asombro, por esa lucha titánica por ganarse la vida en semejantes condiciones humanas físicas y emocionales. Pero no olvidemos que no era un viaje turístico, nada de eso y "no perdamos de vista, para no difuminar la historia etnológica de nuestro pueblo, en tiempos de escasez de todo, tanto de comunicaciones por carreteras y medios inexistentes de locomoción, como de buscar el sustento para ese período vital en los pueblos pirenaicos".

Poner una fecha al inicio de las almadías, no es fácil y los autores que tratan el tema, no se arriesgan a puntualizar fechas concretas en el tiempo. Pero siendo prolijos en su nomenclatura como tal, el nombre de Al-madría, tiene como todos sabemos un origen del término árabe, como muchas palabras que se

han conservado en el castellano, con su prefijo /al-/ provenientes de nuestra cultura árabe en toda la península Ibérica: Al-cachofa, al-férez, al-feizar, al-bañil, al-canfor, almohada, alboroz; etc... Quizás el término nos asocie históricamente a esa Edad Media Baja, que tan alejada estaba de documentación específica en algunas áreas. Si tenía un nombre tan específico y con nomenclatura árabe, puede que en tiempos de la dominación musulmana que tan cerca de los Pirineos estuvo asentada, bien podrían conocerla y denominarla: "Lancha lenta-ligera". Y más próximos en el tiempo -siglo XIV-, ya se encuentran documentación más específica, especialmente la almadía que procedía desde los valles del Echo y Ansó, en la parte de Aragón, hasta -sin pantano de Yesa-, la desembocadura en el río Ebro, pasando y haciendo noche en Marcilla.

2. El tramo final de las almadías antes de desembocar en el primer Ebro que encuentran en Milagro.

El lector sabe de sobra, por cultura general, que a breves kilómetros de Marcilla, no llegan a cuatro escasos, el río Aragón que hace presa en dicho pueblo, encajonándose lenta y casi mortuoria llega en agonía a recibir al Arga que también, tramo final de Funes; y se abrazan en una "Y" griega compacta y bien visionada desde el alto de Peñalén, donde la imagen de la Ribera Media es fantástica en

su tapiz verde y plano... Ahí cogen "su paso" y acrecientan las aguas del Ebro fundiéndose en Milagro, a escasos kilómetros del centro del pueblo, después del puente o paralelo al puente nuevo, y ahí se puede gozar de una auténtica simbiosis de aguas diferentes: Colores, texturas, fuerza-lenta, como si ninguna aceptara a las otras, que ya no tres sino dos... Si uno observa con detenimiento, tardan en fundirse uno o dos kilómetros, hasta que la mixtura acuosa es de uno y no de tres. Desde esos kilómetros aproximados, el color se torna azul oscuro, con una corriente bravía hasta que se ensancha en las playas de graba de la presa/piscinas antiguas-, de Milagro.



Almadía de cuatro tramos, cortesía de Malike Malo.

Imaginan los lectores, la almadía con los almadieros despejados, habiendo dormido unas seis horas, y seis tramos de maderos con varios almadieros, unas veces amaneciendo con hielos y otras con nieve, y al agua -"no valía la pereza, ni el frío, había que sacar el jornal, y entonces no había neopreno, solo las abarcas, el pantalón y la piel de cabra en los hombros" (Juan Urzainki, Burgui, 1922). ¡Qué pena las cámaras fotográficas en aquellos años cincuenta, para valorar y tener documentos gráficos reales, entrando en el Aragón, surcando el cruce con el Arga y tratando de fundirse con el Ebro en Milagro! Seis tramos de 20 pinos de anchos cada tramo, en muchas ocasiones bajaban dos almadías, de cuatro tramos y dos almadieros por almadía. Trabajo duro, arriesgado y sacrificado; todo se daba por bueno por sacar el jornal de noviembre a primavera.

3. El derecho de Castillaje, privilegio de los Marqueses del Falces en Castillo de Marcilla.

Este apartado, justo es decirlo, lo transcribimos de nuestro muy querido J.J. Martinena, que como lo expone con tanta credibilidad, no hace falta que yo haga el mínimo comentario, así que se lo cito tal cual: "Siguiendo una antigua y arraigada costumbre medieval, los señores de Marcilla poseían el derecho de castillaje sobre las almadías que bajaban por el río Aragón desde los valles pirenaicos. En Navarra reciben ese nombre los troncos de árbol cortados de una misma longitud, ligados entre sí por cuerdas, de modo que forman una especie de balsa o embarcación rudimentaria que, conducida por expertos almadieros, permitían un trasporte rápido por vía fluvial, aprovechando la corriente de los ríos. El derecho señorial de castillaje consistía en obligar a las almadías a detenerse en una presa y exigir a los almadieros una o más maderas para las necesidades de la fortaleza. Cuando habían tomado las suficientes según el arancel, los criados del marqués las subían y las depositaban "en una plaza que está junto a la caba y dentro de la primera puerta" (Juan José Martinena, *Navarra, castillos y palacios*, CAN, Pamplona, 1980).

Esos troncos propios del derecho de castillaje, se almacenaban en la caba, cerca del abrevadero, junto a una de las torretas que dividía la plaza de la Villa de la Caba, propiedad de los Marqueses de Falces, y permanecían ahí para que los vecinos que necesitaban vigas pudieran verlas y escoger aquellas que el Castillo no necesitaba. Una cierta mayoría de casas del ensanche de Marcilla que se extendió el pueblo hacia Norte, para evitar las inundaciones del río, que antes del Pantano eran muy habituales, necesitaban los pinos mayormente, para las vigas de soporte de tejados y pisos. Desde el Frontón Viejo (1934) hasta la carretera comarcal de Marcilla hacia Funes y Peralta, todo ese conjunto de casas y calles nuevas se hicieron -son testimonios de mi padre-, con los troncos que se subastaban del "derecho a castillaje". Cuando en mi casa -casa de mis padres-, que se terminó de construir en el año 1939, y costó 36.000 pesetas, con crédito del tío cura, que mi padre pagó religiosamente, porque si no "se condenaría en el infierno y en las calderas de Pedrobotero", si no pagaba los intereses y el capital cuando correspondía; palabras sacadas de una de las cartas del tío

cura a mi Padre; todas las vigas proceden del derecho a castillaje.

Cuando tocaba "blanquiar-encalar" -una vez al año, antes de fiestas grandes-, se quitaban los cañizos que hacían de falsa o de cielo raso, y se veían unas puntas de forma de pirámide, con dos agujeros, que yo de niño observaba y preguntaba: ¿Padre, por qué todos los troncos o vigas llevan unos agujeros a cada lado? Y, el me corregía y me decía, son los ojos por donde los almadieros unen dichos troncos haciendo la almadía, atados con vencejos, que otros llaman jarcias, que no son otra cosa que ramas de avellano, que se retuercen bien y resisten el peso, algunos vencejos tenían el grosor de un brazo fuerte de un hombre maduro...; -me explicaba mi padre-. En los momentos que se rompían usaban sauces del propio río que eran abundantes. Haciendo una revisión ocular sencilla, se pueden todavía observar en muchos graneros esos mismos detalles que les cuento, porque los graneros para economizar no se hacía nunca cielo raso, y dichos ojos, los ves a primera vista.

Algunas almadías que llegaban a la presa de Marcilla antes del puente, tenían una longitud de treinta metros aproximadamente con seis tramos -no todas, pero muchas-, siempre desde el recuerdo de mi padre, pues yo no las conocí, pero las escuché en muchas ocasiones, y en otras muchas eran historias que nos contaban de niño, después de cenar y rezar el rosario. La añoranza es la vía para los mejores recuerdos, porque penetra vía amígdala que despliega memoria y emoción. Pues recuerdo:..."; ¡Puedes imaginar la dificultad para descender el río Aragón y llevar a cabo cualquier maniobra por sencilla que esta fuera! ¡Era mucha pericia, fuerza y valor! Si bajaba mucha agua por el río, alcanzaban mucha velocidad y cuántas veces chocaban con el machón del puente de hierro, y se partía la almadía en dos, una iba por un tramo del río y la otra por el otro...Era de noche ciegas, frío, grandes pozos y torbellinos, ni los remos tan largos -cuatro en total-, podían dirigir semejante peso, largura y bravía del río. Estos remos largos y fuertes eran usados en la construcción como "sopandas", en lo alto de las paredes para apoyar los laderos del techo sobre ellos. Tras mil peripecias, lograban volverlas a atar y las disponían atracadas en una de las orillas, cerca del pontón del río Aragón, y custodiadas por el barquero-puentero.

4. La pernocta en Marcilla, se hacía obligado y allí tenían hospedaje sencillo.

A Marcilla, según cuentan en el pueblo, llegaban las almadías de dos, tres o cuatro tramos; y una vez pasado el puente y la presa de Villafranca -que está en Marcilla-, en el rogolfo, se hacían las almadías de seis o siete tramos. Testigos ya difuntos, me contaban (Antonio Moreno Fabo y Pedro y Antonio Laparte Amadoz), que solían venir hacia la primera parte del otoño (Los salacencos lo llamaban la "otoñada") y en la primavera, cuando la temperatura era menos cruda y venía más agua por nuestro río Aragón. A muchos de ellos -siguen los testigos en su relato-, "muchos de ellos se les veía cubiertos de agua hasta la cintura, y entonces -como es natural-, no había ropa especial para el agua. Su atuendo, nos lo contaban los testigos con cierto misterio: Una piel de cabra a la espalda, abarcas y les colgaban un pellejo de vino y un cordero al hombro ya limpio y sacrificado. La ropa seca y la despensa de comida, la llevaban colgada en una horcacha de dos o tres brazos que se fijaba a la almadía en la parte trasera o cola de la misma. ("Abarcas de corretil -calzado de goma de camión como suela, muy propias de pastores y que se atan con cintas de cuero o algodón a las piernas, y son muy usadas por los almadieros, son resistentes al agua y fáciles de lavar-, con tachuelas, medias hasta la rodilla, pieles, calzoncillos hasta la rodilla, camiseta de algodón, marga larga, camisa, chaqueta, espaldero y sombrero de paño y cuando menos se llevaba para muda un pantalón para cambiar en la posada por el mojado". Texto del almadiero Ángel Aventi, del periodista Moisés Valencia Calvo, 1975, DN.).



Ruinas del castillo de Marcilla, con las vigas de pino de la Almadía, 1978.

"Para pasar la presa, seguía mi padre, en su historia nocturna adornada, la pasaban de a metro, porque debían salvar un escollo para acercarse a lo que llamaban entonces el puerto, zona más suave y fácil de vadear en la propia presa. Pero sería interesante que imaginásemos por unos momentos, nosotros que hemos conocido y conocemos la actual presa, ¡las peripecias para transportar madera de tres a siete tramos desde el Irati hasta nuestro río de Marcilla! Funes, Milagro... No olvidemos que hasta muy entrados los años sesenta, toda la estructura de la construcción de nuestras casas, cuadras, almacenes y granjas, eran construidas con vigas de pino sobre todo; ayudados por los cañizos y cielos rasos en bovedilla tirando al medio punto. Las casas baratas, utilizaron mucha madera de los almadieros -cincuenta casas baratas, inauguradas por Franco en los años 1955-; quizás como decía mi padre: ¡Las casas baratas de Marcilla son el mejor de los monumentos a los almadieros de Navarra, pues durante varios años dejaron casi toda la madera en nuestro pueblo! Lo cual, una vez vendida se volvían a su valle sin hacer todo el trayecto hasta Tortosa.

Había que dormir y reponer fuerzas. En los pueblos que no disponían de fonda o de hospedaje económico, solían arrendar unas cuadras o bajeras llenas de paja limpia, y al calor de los animales dormían a pierna suelta... Primeramente, y así lo constatan muchos a quienes hemos preguntado; en la casa de Bolea (Luis y Carmelo) en el rincón de la plaza del Póstigo. Nada de camas, paja limpia bastaba y las migas eran un plato fuerte con parte del cordero que trasportaban; otras veces se hacía rancho. En algunas ocasiones

llegaron a venir hasta veinte almadieros, con dos o tres almadías con tres o cuatro tramos cada una que después unían en seis o siete. Todos ellos venían por el camino del puente, las monjas, hasta atravesar el corral de la Dula y llegar al Póstigo. Compraban el pan, que en dicha plaza había dos panaderías (Miguel Díaz y Juan Pablo Díaz) y se acercaban a la casa de Bolea. Dicen la gente, mi padre también, que daba impresión verlos a todos en fila, callados, agotados, mojados hasta el cuello y con las pieles y sus abarcas...y, tolón, tolón a descansar en el rincón de la Plaza del Póstigo.

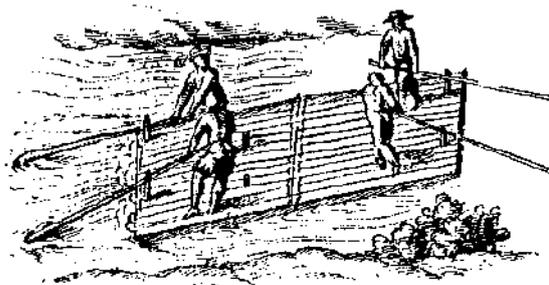
En otras ocasiones, el administrador del Marquesado de Falces, Castillo de Marcilla; Don Manuel Bisié, también les dejaba los sótanos del castillo, para que descansaran y guardaran las pocas pertenencias que traían. A la mañana siguiente, como siempre, dejaban la madera que se había contratado o vendida en ese momento y los tramos sobrantes se añadían a los demás haciendo más larga la almadía hasta Tortosa, como ya hemos dicho. Quienes su lote lo habían vendido, se marchaban a Pamplona en tren desde Marcilla, y ahí cada uno cogía su destino en autobús.

Tengo un documento que guardo desde el año 1975, de uno de los almadieros más viejos de Navarra, en cuya prensa del día 6 de Marzo, le hicieron una entrevista: Don Ángel Aveni, del Valle del Salazar, nacido el uno de marzo -Santo Ángel, de ahí su nombre-, en el año 1889; tenía en ese momento 92 años. Decía él, experimentado en la bajada del río, que el mayor de los miedos lo tenían al atravesar la Foz de Arbayún, en plan de



Plaza de la Cava de Marcilla, donde se guardaban la madera de las almadías según el Derecho de Castillaje, 1970.

aprendiz y sin remo (el remo de madera de haya, servía de apoyo, de control y de guía ante los obstáculos) y llegar hasta Zaragoza. De todas las presas del recorrido desde Salazar a Zaragoza, era la de Santacara la peor, tanto es así, que la cuadrilla de los guapos, uno de ellos, un tal Venancio Igal, me cantaba esta letrilla: "Si pasas Tragapontones, Peñarroya y Alosaza, harás cuenta que has llegado a Marcilla sin desgracia".



Sigue contando el Sr. Aventi:..."Con mucho gusto parábamos en el corral de la corraliza de Antoñanzas de Gallipienzo. En la casa de Juan de Dios de Murillo el Fruto, tomábamos el mejor caldo. Y el desayuno en todo el recorrido a base de aguardiente, siendo el más fuerte el de Zaragoza... En una ocasión nos tocó permanecer cuatro días en Murillo por causa de una riada y jugábamos a la calva, cantábamos jotas, ya que en todas las posadas había guitarras"...

En los años 1952-54, cuando entró en uso el pantano de Yesa, el transporte por almadía desapareció. Solo queda el recuerdo en nuestros vecinos, que tienen ahora alrededor de ochenta y tantos años. Muchos otros ya han finado, y solo queda el recuerdo que aquí les hemos detallado con algunos detalles que hoy ven la luz en la revista Pregón, que no pude ser mejor marco para esta sencilla descripción histórico-emocional.

Se hace difícil el entendimiento, pero una vez llegado a Tortosa y vendida toda la madera restante o encargada, se volvían a Navarra a pie, por los menos muchos de ellos... Sirva este artículo como homenaje a todos los almadieros navarros que con sumo sacrificio fueron capaces de generar riqueza doméstica, gracias a sus múltiples sacrificios. El día de la Almadía en Burgui, sigue siendo el mejor homenaje a esos hombres valientes, que dejaron la piel en trabajos de transporte de la madera río abajo, con sus almadías.

"En llegando a Marcilla, ya huele a barbo y madrilla; las almadías descansan en el puente, y nosotros en Bolea con el rancho de cordero"

(Letrilla sencilla, que cantaba mi padre mientras nos contaba el relato, en las noches de invierno cerca de la estufa de leña y el ladrillo refractario, para tener los pies calientes cuando nos íbamos a la cama).



Vista del Río Aragón por Marcilla.